

JOSE de Letamendi y Ramón Turró son dos arquetipos de nuestro pasado científico. Letamendi se identificó con el clasicismo médico del ochocientos. Turró después de vivirlo decidió acogerse a las primeras sugerencias experimentales. Ambos se hicieron portavoces de aquella vieja pugna, hoy en día casi superada, sobre si la medicina es un arte o una ciencia. Pero ninguno de los dos supo que la medicina es un conjunto de ciencias positivas y aplicadas a prevenir y curar las enfermedades. Turró se acercó más, mucho más a esta realidad científica. Porque Turró tenía alma de biólogo. En cambio Letamendi con su cuerpo de polígrafo no pasó de una visión natural de las cosas. Personalmente creo que la clave del problema se cifra en este punto. Tanto en el orden científico como doctrinal. Al menos los hechos parecen confirmarlo desde esta atalaya, el tiempo es infalible, donde debe contemplarse el transcurso de la historia. Si. El acento biológico de Turró, que era tan intuitivo como genial, facilitó una oportuna metodología a la escuela fisiológica catalana. El talante mediconalista de Letamendi, tan honestamente preocupado por la «ciencia del hombre» sistematizó vaguedades que a pesar de su «Patología General» pronto perecieron como simples recuerdos clínicos. Múltiples argumentos, que se resumen en la visión del hombre de laboratorio contrapuesta a la del médico en ejercicio, darian razón de lo que trato de advertir en este introito forzosamente apretado. Incluso el argumento cronológico. Porque el hecho de que Turró viviera cinco lustros de nuestro siglo, Letamendi falleció en el noventa y siete, no permite apostillar ventajas intelectuales. La historia está plagada de ejemplos, de hombres que se adelantaron a su tiempo y de otros incapaces de entender el progreso. En unas palabras, frente a la actitud descriptiva, con escaso contenido fisiológico y experimental, que Letamendi y sus epígonos defendieron hasta bien entrado nuestro siglo, Turró se apuntó a la evolución de los conocimientos y las ideas que a finales del ochocientos surgieron de los primeros laboratorios de fisiología experimental.

El antagonismo entre Letamendi y Turró fue absoluto. Por poco que se valore el enunciado anterior, me atrevo a decir, desde que ambos alcanzaron su uso de razón. Pero esta disparidad común en todas las épocas científicas hubiera pasado desapercibida. Probablemente diluida en la diversidad conceptual que proporciona cualquier momento de tránsito científico. Ahora bien, los motivos que suscitaron la disputa, con todo el peso de las significaciones que en

Actualidad de una discusión centenaria: Turró contra Letamendi (I)

Felip Cid

estos casos se producen, adquieren un carácter especial. Tanto en nuestro pasado médico como en lo que de él previve en el presente. Así, pues, con el propósito de apuntar las enseñanzas que ofrece cualquier fenómeno historicomédico, veamos primero las circunstancias, sin excluir las peculiaridades anecdóticas, que de hecho iniciaron una dualidad entonces ya fundamental: la especulación frente a la realidad científica.

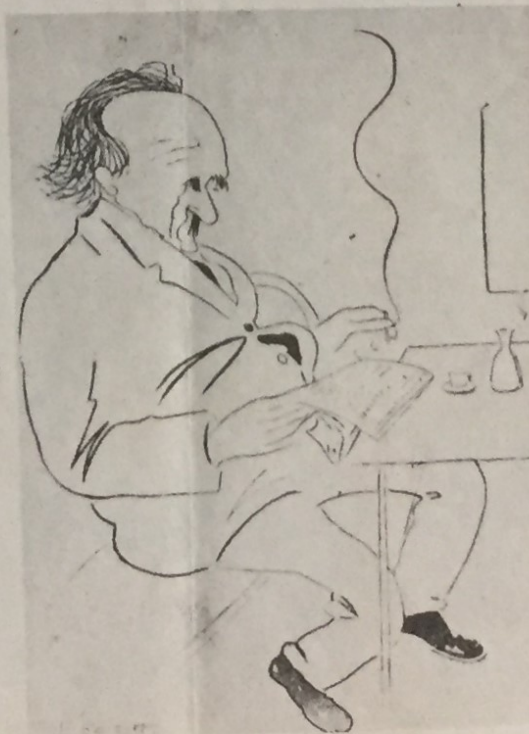
En el año 1878, Letamendi y Turró coincidieron en Madrid. Pero las razones de esta casualidad, ambos eran catalanes, no podían ser más dispares. Letamendi, cumplidos los cincuenta, en la cima de su fama, tras unas brillantes oposi-

ciones se instalaba como catedrático de Patología General. En su traslado a Madrid influyeron, apunta Oliver Cobeña, mucho las instancias de ilustres personalidades que esperaban de su actuación en la capital grandes enseñanzas. Triunfó como pensador y conferenciante incomparable. Sus sedimentos doctrinales se posaron casi sin críticas. Su gran prestancia física, un tanto castrense, los cronistas dicen que acentuada por la forma y corte de sus levitas, pudo pasearla como decano de la Facultad de Medicina, senador del Reino, consejero de Sanidad, Académico, etc. En suma, Letamendi encontró en Madrid el clima propicio, especialmente atento, para

propagar su criterio matemático con el que quiso demostrar que la Patología era algo más que la «gramática» del lenguaje médico.

La estancia de Turró en Madrid adquiere los visos de una aventura increíble. Abandonados los estudios de medicina cuando contaba veinte y cuatro años —los textos oficiales españoles me parecían más bien cadáveres de libros», escribía—, por un sueldo de setenta y cinco pesetas mensuales entró como redactor en *El Progreso*. Pedro Domingo en su estudio sobre Turró comenta que de entrada halló su quehacer empuñando la misma escoba y el mismo plumero que Alejandro Lerroux hacía servir en aquella casa para barrer los suelos y limpiar las mesas. Realmente, su situación social, como hoy suele comentarse, no era boyante. Porque aparte de una labor periodística ínfima las propias estrecheces del periódico en ocasiones incluso le llevaban a los menesteres de un mozo de recados. Es decir, salvo su innegable talento, el interés que seguía manteniendo por la medicina, basado en el nuevo método experimental inaugurado por el gran fisiólogo Claude Bernard, que Turró conocía profundamente, su existencia era sombría; la de un inconformista a cuestas con las razones y consecuencias de una rebelión.

Retomando el interés por la medicina es oportuno señalar, puesto que de lo contrario no se entendería el alegato contra Letamendi, que Turró en Madrid compartió su trabajo de gaceticero resumiendo artículos científicos. Los publicó en la *Independencia Médica* y en la *Revista de Medicina y Cirugía*. El lector atento encontrará en ellos la síntesis de aquellas modificaciones que fueron configurando una nueva visión de la medicina. Con una limpieza ejemplar Turró abordó los temas más significativos y candentes. Es más, pacientemente fue resumiendo y completando la problemática concerniente a la circulación de la sangre. Prueba de ello es que trabajadas estas conclusiones en un volumen titulado *El mecanismo de la circulación arterial*, que vio la luz en 1880, tres años después fue traducido al francés por Jules Robert y publicado en París por la editora O. Berthier. La lectura de este trabajo sirvió al propio Jaime Pi i Sunyer para defender el tema de uno de los ejercicios con los que ganó las oposiciones a la Cátedra de Patología General de Barcelona. En fin, aquel gaceticero oscuro y desconocido, con unos estudios de medicina inacabados, pero con una publicación importante, para defender públicamente su contenido tuvo que enfrentarse al más famoso catedrático de Patología General de la Universidad madrileña ■



Turró, según una caricatura de Bagaria, en la *Maison Dorée* de Barcelona.